

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CUERPO EXHIBIDO

Durante siglos y siglos, buena parte de la seducción amorosa estuvo construida en torno al eje del misterio del cuerpo femenino. El cuerpo vestido -y a veces exageradamente vestido- se convertía en un universo enigmático e intrigante.

La mujer, entonces -siempre sabia en estos manejos, mucho más sabia que el varón-, obligada a vivir escondiendo su cuerpo, aprendió a manejar y explotar ese misterio con suprema habilidad. Sabía muy bien que nada exalta más la imaginación que lo desconocido que se desea. Y a la vez, supo que nada fertiliza más el deseo, que la fantasía que desplegamos en torno a ese misterio deseado.

No es cuestión de hacer ahora el inventario detallado de todas las artimañas -algunas exquisitas- que las mujeres desplegaron en todas las civilizaciones para utilizar en su provecho la seducción implícita en el ocultamiento (o mejor, en el semi-ocultamiento): velos, mantillas, escotes, tajos, etc., fueron las herramientas de seducción que las mujeres utilizaron en complicidad con modistos tan psicólogos como imaginativos.

También algunos adminículos auxiliares. Por poner un ejemplo egregio: el famoso abanico. ¿Habrá alguien tan ingenuo como para suponer que el abanico se inventó para darse fresco en los días de calor? Eso fue el pretexto, lo subsidiario. Pero la función principal del abanico fue ocultar y mostrar el rostro, los ojos insinuantes, en un juego alternativo de «sí-no», de «doy-no doy», que hizo perder la cabeza a incontables incautos a lo largo de unos cuantos siglos.

Porque esa táctica refinada de sugerir entrega, de insinuar donaciones que después se convertían en ocultamiento, en retaceo, resultó devastadora para una mentalidad como la masculina, programada desde siempre para la posesión.

Hasta que llega el bendito siglo XX y -como queda expuesto en la nota anterior- ocurre algo inaudito, algo -insisto una vez más- jamás visto en toda la historia, al menos de Occidente: de pronto (porque fue bastante de pronto), se vuelve la cosa más natural del mundo exhibir la mujer su cuerpo. Ocurrió en los alrededores de 1920, en que empiezan a derrumbarse las profusas vestimentas novecentistas, y comienza a aparecer,

deslumbrante a los ojos de todos, el glorioso cuerpo hasta entonces tabú.

Pero esta tremebunda novedad (el adjetivo «tremebunda» no me parece exagerado) supone un cambio radicalísimo en la mecánica de la seducción, ahora violentamente arrancada de los carriles seculares del misterio. ¿Qué va a pasar ahora, cuando la mujer ha decidido jugar con cartas vistas, renunciando a las artes del ocultamiento, que tan buenos frutos le rindió siempre?

(Antes de internarnos en tan delicado tema, conviene dejar bien establecido que aquí me estaré refiriendo todo el tiempo, y exclusivamente, al erotismo genuino, a la atracción de fondo. Excluyo expresamente, y no se olvide esto, al otro erotismo, el de superficie, esos encendimientos fugaces -y deliciosos ciertamente- que se agotan en el encanto de su mismo revoloteo).

Empecemos por señalar que la seducción supone siempre diálogo, o es una forma particular de diálogo. Se entiende: no me refiero a diálogo con palabras, ya que con enorme frecuencia la seducción se abre camino sin que se pronuncie palabra alguna. Bastan, de pronto, miradas, posturas, comportamientos mudos, para que la seducción empiece a actuar. Las palabras vendrán después, y a veces no vienen a agregar gran cosa a lo ya avanzado.

En el caso particular del diálogo de seducción así entendido, lo que se produce es un intercambio de mensajes, de influjos, de efectos, de magnetismos. Esquemmatizando: el seductor «dice» ciertas cosas, recurra o no a palabras; y la destinataria de ese mensaje lo recibe, y si queda atraída o atrapada por la trampa seductora que el otro le tiende, responderá a su vez con mensajes muchas veces mudos de aceptación o de entrega.

Observemos que los velos, las mantillas, los escotes, los tajos, los abanicos, decían cosas, sí ¡claro que decían!: eran discursos temibles. Pero partían del ocultamiento o semiocultamiento de los cuerpos. En cambio ahora, que los cuerpos resplandecen al aire, ¿de qué modo esos cuerpos se

han puesto a hablar, qué dicen, cómo discursen?

Por cierto que los cuerpos casi desnudos hablan, dicen, y a veces hasta cantan (¡y qué hermosísimamente suele cantar un cuerpo exhibido!, aunque sea un canto tan diferente al que suele escuchársele en la intimidad del amor). Pero aunque en la seducción los cuerpos de mujer hablan, dicen, cantan, lo que ha cambiado ahora es el código comunicacional al que recurren.

Creo que han empezado a ocurrir tres cosas de la mayor importancia. La primera: el cuerpo, al exhibirse, se ha hecho mucho más específico, más personalizado, menos genérico. Segundo, el cuerpo se ha enriquecido con vivencias psicológicas, se ha cargado de más alma, de más personalidad. Tercero, tiene un lenguaje mucho más directo, más franco, con mucho menos vericuetos o laberintos de comunicación.

Este último rasgo parece muy obvio; no así los dos primeros. Conviene, por eso, examinarlos de más cerca.

¿Qué quiere decir eso de que el cuerpo, al exhibirse, se ha hecho más específico, más personalizado, menos genérico?

Si nos fijamos bien, cuando un cuerpo aparece vestido, es decir tapado, tiende a hacerse genérico. Es que no vemos el cuerpo único y específico de una mujer concreta. Vemos un cuerpo que, en la medida en que se nos esconde todo o casi todo, puede ser el cuerpo de otras, o de muchas, no bien se vistan o adornen igual o parecido (la moda, ciertamente, es un factor igualador, por más que se las ingenie muy bien para marcar diferencias personales dentro de los lineamientos básicos que ella misma impone).

Cabe decirlo de otro modo, aunque suene un tanto burdo: una mujer vestida no me permite saber cómo es su cuerpo en lo que tiene de más propio. Entonces, si yo no puedo diferenciar lo más propio del cuerpo de una, de lo más propio del cuerpo de otra, ni de una tercera, al final termino metiendo a todos esos cuerpos entrevistados en una misma bolsa genérica, en una

categoría abstracta: «cuerpo de mujer vestida». Pero ese convertirse en categoría abstracta no puede ser más peligroso para cualquier intencionalidad erótica, porque atenta contra la indispensable especificidad que el erotismo de fondo pide a gritos.

¿Qué pasa, en cambio, con los cuerpos desnudos? En la desnudez, el cuerpo de Fulana es de Fulana y de nadie más; el de Mengana, de Mengana y no de ninguna otra, y así sucesivamente. La personalización, la diferenciación, la especificidad, se han hecho completas y totales. ¡Aleluya! el cuerpo de cada cual pasó a ser de cada cual, y eso quiere decir que lo estamos viendo como lo que realmente es: único.

Insisto en que estoy hablando de erotismo genuino, no de fuegos artificiales de la piel. Así, en el erotismo genuino cada hombre es sensible a tales y cuales atributos, no a cualesquiera, no a todos indistintamente. Porque juegan mis propensiones, mis afinidades más profundas. Diríamos: el erotismo empuja siempre en la dirección de la calidad selecta que refleje lo que nuestro ser más profundo prefiere y necesita.

Esta misma exhibición franca del cuerpo -obsérvese bien- nos hace a los varones mucho más selectivos. Ya no nos interesa tanto el cuerpo genérico: nos atraerá uno en particular, uno específico, ése, y sólo ése, por lo que tiene de diferencial. Y este rasgo -la selectividad rigurosa- es fundamental en la mecánica del erotismo. Porque sólo en casos patológicos de donjuanismo o de ninfomanía en que «cualquiera viene bien», el erotismo implica siempre selectividad. Yo diría: altísima, finísima selectividad.

Las mujeres menos agraciadas que lean esto, quizás pongan el grito en el cielo: «La exhibición no favorece para nada a las que no tenemos la suerte de tener un cuerpo estupendo.» Creo que, mirando bien, se equivocan, al menos en buena medida.

Por lo pronto, y contra lo que se cree, la exhibición del cuerpo hace menos seductores los cuerpos perfectos, los que

se ajustan a las medidas ideales. Y esto queda corroborado con los certámenes de belleza. ¿Qué cuerpos ganan esos concursos? Los que más cerca están de los cánones estéticos genéricamente aceptados. Pero aquí apareció otra vez lo genérico; es decir: lo anti-erótico.

Ante una Miss Universo, o más modestamente ante una Miss Uruguay, yo puedo exclamar (para decirlo en términos bieneducados) «¡Qué cuerpo maravilloso! ¡Qué bueno sería pasar con él un fin de semana, incluso una noche sola!» Pero insisto en que aquí se está hablando de erotismo cabal, no de admiración.

Uno puede admirar, ciertamente, a ese espléndido maniquí tan bien hecho, pero eso no quiere decir que me seduzca desde el punto de vista erótico. Admirar no es lo mismo que seducir. A lo mejor es su contrario. La admiración me deja fuera de la persona admirada; la seducción me atrapa y no me deja escapar. En la admiración, pasado el deslumbramiento (legítimo) de momento, podemos seguir de largo; en la seducción llegamos y nos quedamos. ¿Para siempre? No necesariamente: mientras dure el efecto seductor. Pero mientras dure, allí quedamos encallados.

En cambio, un hombre que mira en la playa un cuerpo imperfecto desde el punto de vista de las medidas ideales, puede descubrir algo que quizás lo sorprenda: que a pesar de esas imperfecciones, ese cuerpo lo conmueve, «le llega». Hasta puede ocurrir que produzca en él emociones o sacudimientos muy soterrados, muy escondidos, como si fueran sus mismas raíces las que se estremecen al verlo. Dicho de otro modo: ese hombre ha encontrado lo específico que lo conmociona; o sea que se encuentra en los umbrales del erotismo. Lo cual es muy difícil que ocurra ante un perfecto modelo genérico.

Pero hablábamos también de una segunda novedad: el cuerpo, al exhibirse prácticamente desnudo, se carga de alma. ¿Qué quiere decir esto, exactamente?

Observemos que, al fin de cuentas, un cuerpo no es más que un conjunto de formas; pero las formas solas, si no las cargamos de contenido, no pasan de ser pura exterioridad. Para que nos

conmueva, tiene que hablarnos de algo interior, tiene que remitirnos a otra cosa que no sea el cuerpo mismo, ya que un cuerpo reducido a su solo efecto no posee la capacidad de seducir.

Hasta ahora, cuando no tuvimos más remedio que manejarnos con cuerpos vestidos, era apropiado decir que ese cuerpo vestido nos remitía inevitablemente al cuerpo desnudo. Ese era nuestro recorrido erótico: de lo vestido a lo desnudo, aunque quizás muchas veces no nos diéramos cuenta cabal de que era así. Pero ahora, cuando el cuerpo está exhibido en su casi desnudez, ¿a qué puede remitirnos?

Yo pienso que, contra lo que se cree, el cuerpo desnudo nos remite forzosamente a algo mucho más importante a los fines de un erotismo de fondo, único -insisto una vez más- al que me estoy refiriendo: nos remite ni más ni menos que al ser «que lo lleva puesto». Pero, más específicamente, a la totalidad del yo, a la persona global, a lo que la persona es en sí misma; a ese yo concreto que allí está, convocándonos, intrigándonos.

En la playa, o en una pasarela, el cuerpo perfecto no pasa más allá del fognazo. Pero el erotismo no se conforma con el fognazo ni se dedica a medir con un centímetro. El erotismo reclama personas enteras, se alimenta de totalidades: un cuerpo y lo que éste «lleva» consigo.

A un cuerpo semidesnudo en la playa lo vemos actuar, y detrás de cada actuación está la persona: cómo se sienta, cómo se pone de pie, cómo camina hacia la orilla, cómo es cuando vuelve mojada, cómo se seca, cómo se ríe, cómo gesticula, cómo se tiende al sol, con qué delicia absorbe sus rayos. Y a través de todos esos comportamientos estamos viendo del modo más directo y expresivo aparecer a la persona, no sólo su cuerpo.

Y aquí se han reducido al mínimo (si es que quedan) los rodeos, los despistes, los atajos, las estrategias. Estamos, ya sin intermediaciones, mucho más cerca del núcleo. Y si ese núcleo despierta nuestras zonas sensibles, ahí quedamos atrapados; pero no atrapados en la red del cuerpo, sino de la persona toda, como tiene que ser, como lo pide el erotismo.

Este itinerario de saltos sucesivos que hemos dado -del

cuerpo vestido al cuerpo desnudo, del cuerpo desnudo al ser entero- permite, a mi modo de ver, un formidable enriquecimiento de la relación erótica; porque desde que tenemos tan a mano los cuerpos desnudos, somos buscadores del centro personal de cada ser.

Por eso pienso que el desnudo exhibido, lejos de trivializar el erotismo como pudiera pensarse, le aporta una profundidad y un calado mucho mayores. Nos pone más cerca de lo que es el alma del erotismo verdadero: la persona entera, el ser total. Porque el erotismo rectamente entendido es eso: diálogo total entre personas totales.

Cabe, entonces, celebrar este doble paso que hemos dado; no sólo hacia una reivindicación de la sana desnudez, sino también hacia una exaltación y depuración y sublimación del erotismo, que este pasaje al cuerpo exhibido traerá seguramente consigo.